

**XXIV Jornadas de Investigadores del Instituto de Literatura Hispanoamericana -
Facultad de Filosofía y Letras (UBA) - Buenos Aires, marzo de 2011**

Una ficción ejemplar: leer, no leer y leer sin leer¹

Pablo Martínez Gramuglia

Lectores que no leen

En septiembre de 1802, Hipólito Vieytes comienza a publicar en Buenos Aires el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*. El título informa de manera eficaz sobre su eje temático: con una periodicidad semanal, el editor promete escribir sobre economía en sus páginas, opción que explica porque ya existe el *Telégrafo Mercantil, Rural, Politico-Economico e Historiógrafo del Rio de la Plata* -único antecedente de un periódico impreso porteño- cuyos múltiples intereses desbordan un nombre también informativo. Más en particular, el *Semanario...* tiene como centro la difusión entre los campesinos americanos de conocimientos técnicos relativos a la producción agropecuaria, que en los años iniciales del siglo XIX padecía un significativo atraso respecto de la misma actividad en Europa y de las posibilidades que las ventajas comparativas del territorio ofrecían. Así, en sus páginas se proponía una “transferencia” de la ciencia más reciente europea a los campesinos americanos, gracias a la acción de dos mediadores clave, dos transcodificadores: el letrado urbano y el letrado rural².

En el prospecto del periódico, Vieytes arma un circuito a partir de tres categorías de “gente de saber”: el sabio (en Europa), verdadero productor del conocimiento; el publicista urbano (el “ciudadano”) en Buenos Aires, que lee los libros del anterior y produce nuevos textos, los periódicos; y el letrado rural (generalmente, los sacerdotes, aunque también mencione en ocasiones a los maestros -muchas veces la misma persona- y los “hacendados ilustrados”), que a su vez lee los periódicos para quienes no pueden

¹ Este trabajo es parte de una investigación de doctorado financiada parcialmente por el CONICET a través de una beca de culminación de doctorado (tipo II) cuya sede de trabajo es el Instituto de Literatura Hispanoamericana (FFyL-UBA).

² Hemos dedicado un estudio más amplio al proyecto editorial del *Semanario...* Ver Pablo Martínez Gramuglia, “El pensamiento agrario ilustrado en el Río de la Plata: un estudio del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802-1807)”, *Mundo Agrario* vol. 9, n° 18 (2009).

hacerlo³. El letrado urbano es un auténtico traductor cultural (a veces también lingüístico), que debe aprovechar sus dotes de letrado para hacer circular el conocimiento útil y servir a la comunidad en la que vive:

Ya es llegado el tiempo en que la voz del sabio (sin que le sirva de obstáculo la inmensa extensión del océano que nos separa) se dexé oír distintamente en el centro de nuestras poblaciones [...] ¿de qué utilidad podrá servir para el comun de nuestros labradores el que un compatriota se forme en el silencio de su gavinete, que atesore solo para sí, que no difunda y propague aquellos conocimientos que adquirió, y que unos libros tan útiles se hallen solo circunscriptos a la pequeña esfera de un estante? Mientras el ciudadano admira los principios de la más profunda teoría [...] el pobre habitador de la campaña se mantiene aislado y entregado a sí mismo siguiendo la rutina que aprendió de sus mayores.⁴

Este circuito de la información es al mismo tiempo el circuito de la modernización, en tanto la colonia porteña necesita los descubrimientos europeos recientes, base de un deseado progreso económico. Si el publicista urbano debe traducir la ciencia europea para los campesinos, la carencia del código letrado por excelencia, la propia escritura, hace a éstos inaccesible ese saber. El paso siguiente está en manos de los curas rurales; lo más parecido a un funcionario público en las campañas porteñas en el período del Virreinato, los sacerdotes a cargo de las parroquias rurales son los únicos letrados presentes en ese medio. Pide Vieytes:

...aun sería casi del todo insuficiente este papel por sí mismo, si el zelo conocido de nuestros Párrocos no le diesen todo el valor que le falta para con sus feligreses haciéndoles entender practicamente todo el por menor de sus preceptos [...] ¿Y quién podrá dudar por un instante solo que estos exemplarísimos Pastores no quieran agregar al peso de sus tareas la de enseñar el camino de salir de la miseria?⁵

Se completa así el largo circuito de mediaciones entre el gabinete del sabio europeo y la chacra del campesino criollo merced a dos dispositivos de naturaleza muy diversa: si la prensa periódica, medio ilustrado por excelencia, permite a *la voz del sabio* viajar de un continente a otro y de la ciudad a la campaña, debe recurrirse a un dispositivo tradicional, la lectura en voz alta, para completar la comunicación, para

³ Ver “Prospecto” del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, I-VI (fechado en marzo de 1802). Excepto en el caso del prospecto, cito como *Semanario* e indico tomo y número. La paginación recomienza en cada tomo (no en cada número), que responde aproximadamente a un año de publicación.

⁴ “Prospecto”, III.

⁵ “Prospecto”, IV.

agregarle al *insuficiente papel* el valor que le falta, la voz. Y no se le escapa a Vieytes que si bien él está en condiciones de controlar una parte importante de ese circuito no puede hacerlo todo⁶; de ahí tanto el zalamero tono con que se refiere a los *exemplarísimos Pastores*, de cuyo *zelo* no duda, como el apóstrofe directo que les dedica más adelante:

El habitador de la campaña debe esperar hoy más que nunca el ensanchar los estrechos límites de sus conocimientos mediante el interés que va a tomar el Ciudadano en enseñarles; pero [...] de vosotros Padres y Pastores de los Pueblos, de vosotros es de quienes espera el labrador recibir los preceptos más sencillos de quanto debe practicar para mudar su triste situación.⁷

⁶ Ya se había preparado para cumplir su parte; dice: “tendré a la vista los mejores Autores así Nacionales como Extranjeros que en estos últimos tiempos ilustrados hayan tratado con más conocimiento sobre las materias indicadas. Consultaré los mejores periódicos de Europa (a los que ya me he suscripto con anticipación) para comunicar al público los conocimientos útiles que puedan fácilmente acomodarse a nuestra situación actual; y finalmente recibiré e insertaré en los papeles semanales, todas quantas memorias se me remitan (francas de porte) con tal que en ellas se trasluzca la utilidad que tiene por objeto este Periódico” (*Semanario*, I, vii). Y efectivamente cumpliría; en los cinco años que publicó el periódico, citó una gran cantidad de autores europeos. Félix Weinberg da una lista: Montesquieu, Ulloa, Nickols, Arnold, Pauw, Buffon, Linneo, Hales, Berthollet, Lavoissier, Fourcroy, Vauquelin, Chaptal, Rumford, Jenner, Reamur, Parmentier, Guthrie, Cadet de Vaux, Paracelso, Franklin, Jovellanos, Ustariz, Zabala, Campillo, Foronda, Ward, Galiani, Morellet, La Ribière, Hume, Smith, Rozier, La Rochefoucauld, Young, Valcárcel, Gotte, Poncelet. (Ver Felix Weinberg, “Juan Hipólito Vieytes, precursor y prócer de Mayo”, estudio preliminar de Juan Hipólito Vieytes, *Antecedentes económicos de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Raigal, 1956, 18-19.) Notamos una fuerte presencia de enciclopedistas entre los que tienen un perfil más “científico” (biología, química, agricultura, meteorología), mientras que, con la excepción de Smith (y en cierta medida Franklin, aunque sus ideas económicas están casi ausentes), los autores de economía y de economía política son o bien españoles (como Jovellanos, a quien se le podría agregar Campomanes) o italianos (Foronda, Galiani).

Por otro lado, la fuente más importante de Vieytes, aun en los casos de varios de estos grandes nombres, eran los periódicos a los que se hallaba suscripto. A lo largo de los doscientos dieciocho número, menciona: *Annales des arts et manufactures*, *Anales de literatura, ciencia y artes*, *Correo Mercantil de Madrid*, *Espíritu de los mejores diarios*, *Gazeta de Bayona*, *Gazeta extranjera*, *Gazeta de Filadelfia*, *Gazeta de Panamá*, *Gazeta de la Salud*, *Gazeta de Lisboa*, *Gazeta de Madrid*, *Gazette Nationale ou le Moniteur Universel*, *Journal des arts et manufactures*, *L’esprit des journalistes*, *Mercurio de España*, *Mercurio Peruano*, *Minerva Peruana*, *Papel periódico de Santa Fe de Bogotá*, *Papel público de Londres*, *Semanario de Agricultura y Artes, dirigido a los Párrocos*, *Semanario de Agricultura y Comercio*, *The Naval Chronicle*. El periódico *El Soñador* aparece como la fuente de un artículo, pero Paul Verdevoye y Matías Maggio Rodríguez no han podido identificar de qué periódico se trata, pues Vieytes muchas veces castellaniza los títulos, los abrevia o los cita desprolijamente (Ver Paul Verdevoye, *Costumbres y costumbrismos en la prensa argentina desde 1801 hasta 1834*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1994 y Matías Maggio Rodríguez, “Un puro vegetar”, en Paulina Brunetti et al., *Ensayos sobre la prensa*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2008).

⁷ “Prospecto”, VIII. En esa lectura en voz alta se cifra la efectividad del medio, que por otro lado no hace sino replicar la *mise en scène* de la liturgia religiosa: lectura en voz alta de la Palabra, sermón explicativo en boca de quien estaría en condiciones entender ese texto. Pero que al mismo tiempo remite a una práctica que no sólo se realiza desde el altar, sino que ha acompañado la lectura en silencio a lo largo de toda su historia, que es el uso de una oralidad secundaria con el objetivo de instaurar una atmósfera comunal a través del lazo de la voz. El sacerdote rural, como figura de autoridad y de saber, era sin dudas el más adecuado para difundir esos nuevos conocimientos entre los habitantes de la campaña que, como

Pero no todos los párrocos estaban dispuestos a difundir un discurso cuyo contenido utilitario poco podía conciliarse con la moral católica tradicional, que cifraba en el más allá el goce y condenaba la abundancia. Pese a los cambios a lo largo de su existencia, el *Semanario*... no dejaría de lado la sentida obligación de ilustrar a los lectores y de convertir su obra en un medio de educación. Así, desde sus páginas Vieytes daría su versión de la ciencia europea más variada para los lectores americanos a los que apelaba, desde la química de Antoine-Laurent Lavoisier hasta las teorías económicas de Adam Smith, François Quesnay y los neomercantilistas italianos (Gaetano Filangieri, Ferdinando Galiani), pasando por los métodos de agricultura del abate François Rozier. Los repetidos reclamos que dirige Vieytes en los sucesivos números a los párrocos para que colaboraran con su difusión, sin embargo, pueden ser leídos como un índice de su escasa efectividad.

Se imponen las novedades (que no son novedades)

Entre esos cambios está la incorporación de artículos políticos y teóricos en general, que vienen a sumarse la explicación de saberes técnicos y noticias regulares de comercio, como el arribo y la partida de buques de los puertos rioplatenses, y otras más extraordinarias, como la llegada de la vacuna antinvariólica a Buenos Aires. Pero el cambio más significativo es la gradual aparición de “noticias” en un sentido más cercano al que tiene hoy la palabra.

El 3 de abril de 1805, se incluye un comunicado del “Príncipe de la Paz”, Manuel Godoy, nombrado Generalísimo de las Reales Armas por Carlos IV (y verdadero gobernante de España durante bastante tiempo) en el que se declara la guerra a Gran Bretaña y se dan las instrucciones que deben seguir los súbditos españoles en esa circunstancia. Se trata, en realidad, de un capítulo más de las guerras napoleónicas, así como de la vieja rivalidad hispano-inglesa, en el que España paga su temporaria adhesión al emperador francés con el saqueo frecuente de sus embarcaciones por parte de corsarios y marinos ingleses. Abajo del comunicado, Vieytes inserta un “Aviso” en el que aclara que durante el curso de la guerra se insertarán en el periódico “todas las noticias de este genero”; dado que la única imprenta porteña carece de los tipos

rápidamente reconocería Vieytes, desconfiaban de las tecnologías novedosas que venían a contrariar aquello que la tradición y el hábito habían establecido como la manera correcta de producir alimentos.

necesarios para publicar las noticias por separado, “...no es de estrañar que queriendo conciliar la curiosidad del publico con su interes se halle obligado el editor á alterar el plan que se propuso en su prospecto”⁸. A partir de entonces, y hasta su cancelación temporaria en 1806, el *Semanario...* dedica buena parte de su esfuerzo a anoticiar a los americanos del sur sobre el desarrollo de la guerra que ha estallado entre España y Gran Bretaña a fines de 1804.

Y así como las novedades se imponen parcialmente del *Semanario...*, poco tiempo después también lo hacen en la posibilidad misma de producir el periódico. El 25 de junio de 1806, con el número 197, finaliza abruptamente el cuarto tomo, el mismo día en que se ven, desde la costa de Buenos Aires, las corbetas inglesas que sin ser esperadas traían esa distante guerra al sur de América. Las noticias bélicas, finalmente, determinan la publicación del *Semanario...* de un modo irrefutable: en la Buenos Aires que los ingleses conquistan y logran dominar por poco más de un mes, no hay lugar para el discurso progresista de Vieytes, quien por otro lado está bastante más atareado desde que cambió la pluma y los tipos de imprenta por el sable del cuerpo de voluntarios que daría lugar al regimiento de Patricios luego de la Reconquista de la ciudad.

La ficcionalización del circuito: las cartas a un hermano que no es hermano

Aunque en 1805 Vieytes se resigna a incluir noticias bélicas, comerciales y políticas, no deja de disculparse por apartarse de los objetivos originales del periódico y aun así sigue dando espacio al discurso modernizador con que lo inauguró cuatro años atrás. Pero no sólo sabe que muchos de sus lectores viven en la ciudad y por lo tanto encuentran inútiles sus instrucciones para domesticar la vicuña, extraer aceite del maní o curtir más eficazmente los cueros, sino que también sabe que “la más ignorante porción de la sociedad”, sea en el campo o en la ciudad, no recibe esas instrucciones; sabe, en definitiva, que el circuito de la información que diseñó en los primeros números y en el que no se cansó de insistir no ha tenido lugar, pues su pieza clave, los curas de campaña, no ha desempeñado el papel previsto. Luego de haber intentado

⁸ *Semanario* III, n°133, 245. François-Xavier Guerra ha ligado un “brusco crecimiento de la demanda de información” (y un correlativo cambio en las publicaciones) en todo el mundo hispánico con la crisis de la monarquía española a partir de 1808; un efecto similar, aunque menos marcado, tuvo el enfrentamiento con Gran Bretaña a partir de 1804. Ver François-Xavier Guerra, “‘Voces del pueblo’. Redes de comunicación y orígenes de la opinión en el mundo hispánico (1808-1814)”, *Revista de Indias* 225 (2002), 357-385.

seducirlos con halagos, reconvenirlos por no cumplir su función, reemplazarlos por los hacendados y apelar a su conciencia de pastores, intenta una estrategia más: pone en escena un caso ejemplar. En efecto, a partir del número 165, del 13 de noviembre de 1805, empiezan a aparecer las “Cartas de J. H. V. á un hermano suyo Cura de la jurisdicción de Buenos Ayres”. Desde entonces, hasta la cancelación temporaria de la publicación el 25 de julio del año siguiente, aparecerán diez de estas cartas, y otras dos más cuando se reinicie la publicación.

Si bien los textos son presentados sin ninguna otra aclaración que su largo título, como otras tantas cartas publicadas previamente, una serie de circunstancias ficcionales rodean la serie. En primer lugar, “J. H. V.” remite de manera casi transparente a Juan Hipólito Vieytes, y sin embargo el nombre completo nunca aparece en las cartas⁹. Y, en una ciudad en la que las relaciones sociales son conocidas, el destinatario, el “hermano cura”, cuyo nombre en las cartas es Anselmo, no existe¹⁰. En ninguna de las doce cartas se menciona el nombre de “ese curato”, de “ese pequeño punto de la provincia” en el que Anselmo ejerce su ministerio, sino que sólo se aclara que está ubicado en la campaña porteña. Finalmente, si bien se mantiene con eficacia la ficción epistolar, al no publicar las cartas de Anselmo, parte necesaria del diálogo (y que supuestamente lo

⁹ El juego en la instancia de enunciación y en el plano autorial es permanente en el *Semanario...*, como era común en la literatura y el periodismo de la primera mitad del s. XIX. Pedro Antonio Cerviño (que ya había utilizado el recurso en el *Telégrafo...*) y José Manuel de Lavardén firman sus artículos con anagramas: Cipriano Orden Vetoño y Juan Anselmo Velarde, respectivamente. Gabriel Antonio Hevia y Pando, asiduo colaborador cuyo nombre aparece tardíamente, en general firma G. A. H. P. También habría que mencionar a “El charlatán mayor de la tertulia del Retiro”, quien firma la segunda parte de un mordazmente crítico artículo contra la política del Cabildo porteño de limitar la exportación de trigo en el número 64 del 7 de diciembre de 1803; la primera parte había aparecido una semana antes, el 30 de noviembre, como una carta al editor, sin firma; entre un número y otro, había tenido lugar una enérgica queja del Cabildo y el pedido a Vieytes de no publicar la segunda parte. Éste contestó amparándose en la autorización del censor oficial, y entonces la corporación apeló al virrey, quien tampoco satisfizo sus reclamos de censura. El irónico seudónimo, sin embargo, parece esconder una retractación de las críticas vertidas a lo largo del artículo. Ver Weinberg, *op. cit.*, y César Luis Díaz, “‘Fisuras’ en el control preventivo colonial rioplatense”, *VI Congreso Latinoamericano de Ciencias de la Comunicación ALAIC*, 2002; disponible en www.alaic.net

¹⁰ Según Weinberg, quien consultó el padrón de pobladores de Buenos Aires, Vieytes tenía cuatro hermanos en 1778 (a los dieciséis años): María Isabel, Vicente, Ramón y Gregorio. Ramón era dos años más joven que Juan Hipólito y fue sacerdote, con una destacada actuación durante la Revolución de Mayo (Weinberg, *op. cit.*, 14; Clemente Frageiro, “Breves noticias acerca de la vida y escritos de Dn. Juan Hipólito Vieytes”, *Museo Histórico I* (1892), 101-128). Maggio Ramírez cita una historia regional (José Burgueño, *Contribución al estudio de la fundación y desarrollo del pueblo de San Antonio de Areco*, La Plata, Taller JF Terrier, 1927), según la cual el nombre completo del sacerdote es Domingo Ramón Vieytes y fue canónigo de la Catedral del Buenos Aires, no cura de campaña, como el que aparece en el *Semanario...* Maggio Ramírez es, además, el primero en llamar la atención sobre el carácter ficcional de las cartas a partir de este dato. Ver Maggio Ramírez, *op. cit.*

habría iniciado), “J. H. V.” se ve obligado a reseñar su supuesto contenido en las que él remite, repitiéndole puntillosamente a su destinatario lo que éste ha escrito¹¹.

Se trata, en realidad, de una apuesta a la ficción ejemplar, en la que finalmente un sacerdote ilustrado hace aquello que Vieytes venía reclamando desde el “Prospecto”: funciona como un intermediario ideal entre el discurso modernizador del periódico y los labradores iletrados de la campaña porteña. Así, luego de un epígrafe en que cita el *Informe en el expediente de la Ley Agraria* de Jovellanos, J. H. V. presenta al personaje y la situación al verdadero destinatario de las cartas, el lector del periódico:

Amado hermano: no soy capaz de expresarte el regocijo de que se ha inundado mi alma al leer en tu ultima apreciable los eficaces deseos que manifiestas de dedicarte con todo el empeño de que sean capaces tus fuerzas y el alto encargo que la Providencia ha cometido á tu cuidado, en hacer al mismo tiempo que la eterna la felicidad temporal de tus miserables feligreses. Me dices que un año no cabal de residencia en ese curato te ha dado á conocer de un modo irresistible la necesidad que tiene el Parroco de ser á un mismo tiempo el padre, el pastor, el maestro y compañero de las infelices gentes que lo pueblan...¹².

Este sacerdote imaginario, entonces, ha decidido hacerse cargo de su tarea en aquellos términos amplios enunciados en el prospecto, buscando tanto la felicidad eterna como la temporal, y recibe la felicitación de su hermano, pues es “el primero acaso en esta América que trata de aprovechar” su posición para ayudar a salir de la ociosidad y el abandono a los habitantes de la campaña.

Vieytes parece haber cambiado de idea respecto de cómo debe realizar su trabajo modernizador el sacerdote, pues ya no le pide que lea el *Semanario*... en público y en voz alta: se ha vuelto evidente que el texto no es el adecuado para el destinatario (menos todavía cuando la urgencia de la hora llena de noticias bélicas las páginas del

¹¹ A partir de la tercera carta, la forma epistolar se vuelve más difusa, y si bien aparecen algunos vocativos y saludos, no siempre se respetan las convenciones de la “carta”.

¹² *Semanario* IV, n° 165, 81. El epígrafe de Jovellanos, tan insistente como Vieytes en la figura del cura ilustrado y modernizador, es el siguiente: “¡Dichosos los pueblos, quando los Parrocos sean sus padres é institutores en los conocimientos utiles de la ciencia del campo! – Dichosos quando sus pastores, después de haberles mostrado el camino de la eterna felicidad, abran á sus ojos los manantiales de la abundancia, y les hagan conocer que ella sola, quando es el fruto del honesto y virtuoso trabajo, puede dar la unica felicidad que es concedida á la tierra! – Dichosos tambien los Parrocos, si destinados á vivir en la soledad de los campos, hallan en el cultivo de las ciencias utiles aquel atractivo que hace tan dulce la vida en medio del grande espectaculo de la naturaleza, y que levantando el corazon del hombre hasta su criador, le abre á la virtud en que mas se complace, y que es la primera de su santo ministerio!” (*Semanario* IV, n° 65, 79-81).

periódico). Ahora, el sacerdote debe dar breves lecciones a los hijos de los agricultores, tanto teóricas como prácticas, y debe ser él mismo ejemplo de agricultor.

Como mencionamos, el enunciador de las cartas, J. H. V., si bien ostenta algunas características visiblemente ligadas a la biografía de Hipólito Vieytes, también se constituye como instancia ficcional. ¿Cómo suponer si no que la siguiente descripción corresponde a la actividad intelectual de uno de los letrados más actualizados de la primera década del siglo XIX rioplatense y su más activo periodista, ávido lector de gacetas europeas y prolífico escritor de variados textos, de las lecciones de química a las de economía y de la didáctica agropecuaria a la crónica bélica?:

Por lo que hace á las lecciones y consejos que me pides, sabes muy bien amado Anselmo mio, que no tanto por el peso de mis años, quanto por la infeliz constitución de mi salud, hace algun tiempo que por consejo de los Medicos, me hé retraido enteramente del comercio echicero de los libros, y que la vida espiritual (permítame esta expresión) en que pase no pocos años, se ha convertido al presente en un puro vegetar...¹³

Por ello, J. H. V. envía, junto con su carta, el *Curso completo...* del Abate Rozier, que juzga más útil y completo que las lecciones que él podría dar. Porque de lo que se trata ahora no es de comunicar las largas tiradas sobre las clases de tierra que existen en el mundo o el recitado de los cuarenta y dos elementos de la química de Lavoisier; no se puede sostener más la ilusión de la que la sabiduría viajará del gabinete del científico europeo al letrado urbano americano a través de los libros y periódicos, y de allí al sacerdote de campaña a través del *Semanario...*, y de allí al campesino americano que aplicará esa sabiduría al cultivo de la tierra. El consejo de J. H. V. es otro:

...leelo [al *Curso...*] con meditacion y con cuidado, y procura aprovechar las lecciones de este hombre sin igual: otra vez te ruego que lo leas, y que *poniendo en practica* sus sublimes documentos, *solo en la parte que diga relacion á la actual constitución de esas campañas*, comuniques sus resultados al mejor de tus amigos y al mas amante de tus hermanos...¹⁴

El sacerdote debe leer, meditar, elegir lo aplicable a la circunstancia en la que se halla y *experimentar* él mismo. La lectura sola entraña un peligro: sustrae al sujeto del mundo, afecta su salud, termina convirtiendo la vida espiritual en un “puro vegetar”. J. H. V. teme al letrado que malgasta su tiempo en teorías y letras ajenas, en vez de utilizar los

¹³ Ídem.

¹⁴ *Semanario* IV, n° 165, 82. Subrayados nuestros.

conocimientos que ha adquirido para mejorar la sociedad en la que se halla; él mismo es un ejemplo de los dañinos efectos del “comercio echicero de los libros”¹⁵.

En la segunda carta, refiere la que Anselmo le ha enviado, en la que cuenta sus adelantos, y de ese modo el lector del *Semanario...*, destinatario real del diálogo epistolar, se entera de que destinatario ficcional ha preparado un pedazo de tierra para que sus alumnos en la escuela rural vayan ejecutando prácticamente lo que aprenden, pues así “se les imprimirán más fácilmente las ideas”¹⁶. Y J. H. V. le aconseja ya no leer en público, ni enseñar a leer, sino dar lecciones breves y en un estilo sencillo, “...que no solo puedan comprenderlas fácilmente los muchachos, sino también aprenderlas del memoria; de este modo sabrán relatarlas en su casa á presencia de sus padres, que las oiran gustosos, si ven que no se apartan mucho de su practica”¹⁷. Nueva mediación, nueva negociación. El cura rural deja de ser un mero portavoz del periódico, pues ahora debe darle a ese conocimiento una forma apropiada para su público, al tiempo que se cuida de no introducir demasiadas novedades, para no generar el rechazo de los labradores, “...pues nada es capaz de retraer mas á un trabajador del amor á la ocupación, que quererlo forzar a que abandone de golpe la practica en que nació, y que siempre vio executar a sus mayores”¹⁸.

En las siguientes cartas, J. H. V. refiere los adelantos logrados por su hermano Anselmo (quien se los ha remitido en sus propias cartas, no publicadas) y continúa sus consejos, que en general son una excusa para introducir en el texto la mención de

¹⁵ No es la primera vez (ni será la última) que en el *Semanario...* se publican textos antiintelectualistas; especialmente en los artículos que tratan sobre las políticas educativas, siempre se insiste en la necesidad de una formación práctica, y en el desprecio de la filosofía, las artes y las letras como centro de la educación. Ya en el primero de los textos referidos a ésta, “Educación moral”, escrito por Vieytes, se leía: “...no solamente los padres que no tienen oficio alguno conocido; sino también aquellos que han hecho publica profesion de alguno, procuran sacar sus hijos de su esfera, para dirigirlos por el camino de las letras, infatuados de la esperanza vana de allegarles á ver algun dia colocados en el Altar, o pisando los corredores del Senado: pero si por desgracia suya, el Joven no se inclina á alguno de estos dos unicos ramos que deven decidir precisamente su suerte; se llegó á perder, miserablemente tan precioso tiempo, y queda en la Sociedad sin destino alguno un Gramatico filosofo, confinado á sufrir la triste suerte del hombre que no tiene ocupación [...] ¿Qué recurso podrá quedarle a un Joven de veinte años, que se há poblado de barba en las escuelas, y que há pasado los me[j]ores dias de su vida en estudiar el modo de confundir el entendimiento con las sutilezas escolasticas”; *Semanario* I, n° 4, 29-30.

Es un tópico que será recurrente en la discusión sobre el tema, presente en las reflexiones del primer grupo de patriotas, de los románticos (particularmente en Juan Bautista Alberdi) y aun hoy en día, cuya expresión más acabada la daba el desprecio de Manuel Gálvez por los “tinterillos” que formaba la educación pública de comienzos del siglo XX, y que sería incluida en clave ficcional en el infierno que Leopoldo Marechal imagina en *Adán Buenosayres*.

¹⁶ *Semanario* IV, n° 167, 98.

¹⁷ Ídem.

¹⁸ Ídem.

aquello que Anselmo ya ha hecho, incluso para citar palabra por palabra el discurso con el que inauguró sus clases parroquiales. El abuso de la elipsis temporal hace tambalear el verosímil, pues para la cuarta carta, del 8 de enero de 1806, apenas mes y medio después de la primera, el imaginado sacerdote ya ha terminado los quince tomos de Rozier, organizado la escuela y el sembradío que tiene adjunto y comenzado las clases en el período ideal para ello, cuando la gente más asiste a la iglesia, *en cuaresma*. Si el emisor y el receptor inexistentes dan pistas para considerar la serie epistolar una ficción, el referente no sólo la confirma, sino que revela que de ese modo era consumida por el público lector, capaz de imaginar una cuaresma entre noviembre y enero, además de los rápidos éxitos del cura rural y de sus entusiastas seguidores. El *Semanario...*, una publicación sólo excepcionalmente había incluido textos de ficción, recurre a ella para lograr una mejor difusión de su proyecto original y confía en lectores entrenados en su decodificación. Según las cartas, Anselmo se gana rápidamente el corazón de sus feligreses, tanto de los niños como de sus padres, quienes también siguen sus consejos e imitan sus prácticas, y tan atareado está con su trabajo que J. H. V. prefiere no extender sus cartas para no robarle su precioso tiempo.

Esa ficción, entonces, pone en escena a un párroco ejemplar, que instruye sobre cómo y cuándo sembrar, cuándo cosechar, qué hacer con la cosecha, qué ayuda deben prestar las mujeres y los niños, por qué poner cercados. Y constantemente aparece también el deseo del remitente de que otros curas lo imiten y pongan en marcha cambios similares en cada pueblo de la campaña. Pero el contenido mismo de las cartas, los consejos de J. H. V., están lejos del vocabulario y las precisiones técnicas de los primeros tomos del *Semanario...*; ahora las instrucciones están dadas en términos más generales, poniendo el énfasis en los aspectos morales y económicos de la agricultura; es decir, J. H. V. habla más de evitar la holgazanería, de pagar jornales altos y de garantizar la propiedad de la tierra a los labradores que de qué tipo de semilla usar o de cómo cuidarla del gorgojo. Porque, en tanto se trata de una situación ficcional que se pretende ejemplar (y de ahí la imprecisión espacial de Anselmo), esos consejos están planteados en términos aplicables a cualquier situación. Justamente por eso evita las precisiones: todo conocimiento teórico de la ciencia extranjera exige la adaptación a las condiciones locales y en realidad el lector que le interesa no es el imaginario Anselmo ni los reales campesinos americanos, sino los curas desperdigados por la campaña rioplatense:

Guardate muy bien –escribe J. H. V.- de decidirte desde luego por los excelentes consejos que nos ministran en sus libros diariamente los mejores agronomos de Europa. Los terrenos y las estaciones varían tanto como los individuos, y tal práctica que sería maravillosa para un país puede ser funestísima para otro que no se halla en las mismas circunstancias [...] no te ligués en modo alguno al método seductor que encuentres acreditado en las mejores obras de agricultura: consulta antes la calidad de los terrenos [y] la serie de las estaciones, y sobre todo lleva por norte seguro á la experiencia...¹⁹

No leer, experimentar, actuar, ser ejemplo. En la gradual adecuación de la estrategia propagandística del *Semanario*..., el cura rural pasa de ser mediador a destinatario; de traductor a punto de llegada y *non plus ultra* de la letra impresa; de facilitador de la lectura, a reemplazo de ella, a último y único lector.

Pablo Martínez Gramuglia
pmgram[arroba]gmail.com

¹⁹ *Semanario* IV, 193, 308-309.